

DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO (B)
Homilía del P. Manel Gasch, monje de Montserrat
5 de febrero de 2012

No nos imaginamos, queridas hermanas y hermanos, a Jesús entrando en la casa de Pedro y Andrés, pensando o incluso diciendo: ¡qué mala organización! ¡No hay nadie que atienda, no han previsto una persona que sustituya a la suegra enferma! No nos lo imaginamos diciendo, ¡qué pesados estos enfermos que no se acaban nunca! ¡Qué no me dejan orar! o diciendo, ¡ahora tendré que viajar para ir a curar aún más! NO. Pero Jesús no lo hace porque no se dé cuenta de ello, sino porque se sitúa ante las dificultades de cada día: la fiebre, las enfermedades, el insomnio, de la sensación, de la depresión...

Estos problemas nos han afectado a todos: desde pasar personalmente una noche en blanco, hasta preocuparse de que algún escolán no podía dormir o estaba enfermo, muchos hemos tenido la experiencia. Los medicamentos, el progreso, la juventud y la edad avanzada no son excusa para darse cuenta de una realidad fundamental: la fragilidad humana. Somos débiles. Nos cuesta mucho aceptarlo, pero somos débiles: nos encontramos mal, cuando queríamos estar siempre bien; nos enfadamos cuando nos gustaría poderlo afrontar todo con serenidad, no nos gusta perder en un juego o suspender un examen, nos desanimamos cuando pensamos que las cosas no nos van bien. Estos sentimientos son antiguos: ya los padecía Job; son seguramente también los que tenía la suegra de Pedro cuando veía que con un huésped en casa, no podía acogerlo y atenderlo porque se encontraba mal; es también el sentimiento de todos estos enfermos que se acercaban a Jesús.

¿Es esta debilidad algo que no tenga sentido? Creo sinceramente que la experiencia de la debilidad humana es una gran escuela para la vida. Pienso que pocos personajes de nuestra cultura han llegado a una aceptación mayor de ellos mismos y de la realidad que les rodea que la aceptación que encontramos en Job, que no se evade del sufrimiento sino que lo enfrenta con coraje; por eso hasta la expresión “tiene la paciencia de Job” ha pasado a la lengua.

La capacidad de curación de Jesús comienza en su realismo hacia todos. Sabe que hay enfermos. En el texto que he utilizado para reflexionar sobre el evangelio de hoy había tres párrafos. En el primer Jesús cura a la suegra, en el segundo cura a todos los que le llevan; en el tercero, después de retirarse a orar, decide que aún tiene que ir más lejos para continuar curando a otros enfermos. El mensaje es claro: Jesucristo está para quienes lo necesiten. Cuando Jesús se encuentra una realidad de debilidad personal lo primero que hace es curarla.

El evangelio de hoy nos dice bien claro que la curación de la suegra de Pedro le da la posibilidad de servir, de acoger, de amar. Tantas veces nos parece no saber muy bien qué quiere decir esta Palabra clave de la vida cristiana que es la salvación y en cambio, las lecturas de hoy nos lo dicen con sencillez. Salvación es en primer lugar sacarnos de la cama, -no de la cama del reposo, de la que quizá desearíamos no salir, o al menos no tan pronto- sino de la cama de la enfermedad; sacarnos también de esta cama para hacernos servidores. Esto es lo que hace Jesucristo con nosotros.

¿Y qué hacemos los que nos decimos cristianos? Es que las actitudes que mencionaba al comenzar estas palabras, que tanto nos sorprenderían en Jesucristo, ¿no son muchas veces las nuestras? ¿Nos fijamos primero en la debilidad, en lo que hay que curar? Ante alguien, ¿nos pesa más lo que hay o lo que aún falta? ¿La comprensión de las carencias o sencillamente todo lo que no llega a unos modelos

ideales de perfección que aplicamos, especialmente a los demás, sin más consideración?

Una lección sacada del evangelio de hoy para todos los que queremos hacer presente el recuerdo y el mensaje de Jesucristo sería la de empezar por donde él empezó: por llevar una palabra de comprensión, de consuelo y de amor a todos. Nunca deberíamos perder el sentido de la misericordia de Jesucristo. Quien, antes de cualquier exigencia, puso siempre una palabra de comprensión y de perdón. Tenemos camino por hacer, porque hay muchas heridas que hay que cerrar: desde las pobreza más materiales y económicas que no permiten el crecimiento personal y cultural de tantos hombres y mujeres, hasta las angustias más interiores tan propias de nuestra sociedad. Todo puede ser iluminado por Dios.

Y podemos estar tranquilos, esta Iglesia nuestra, que ha perdonado y ha amado mucho, más que nadie, estoy convencido, y que también se ha equivocado como ella misma ha reconocido, puede continuar su labor, consciente de su fragilidad que la lleva a ponerse en manos de su Señor para que la cure y la haga más imitadora de la misericordia de Dios, que ella también necesita en su realidad humana.

Porque es el amor de Dios, la caridad de Cristo y la presencia del Espíritu santo lo que convierte la debilidad y la enfermedad en fuerza y en vida, y después, en disponibilidad y capacidad de servicio; el mismo Espíritu que hace de la humildad del pan y del vino el cuerpo y la sangre de Jesucristo, los dones que nos sostienen y nos alimentan en nuestra vida de fe; que recibirlos sea también nuestro compromiso de querer ser más servidores, más cristianos.